



EL CORTIJO COLORAO

LAURA NIETO IDIAZABAL

Esta excelente novela narra la vida de Marina, una niña humilde que crece arraigada al campo en un pueblo de Jaén en las proximidades de la sierra de Cazorla, huérfana de madre, desde su temprana infancia hasta su vejez, lo cual supone pasar por la vida de varias generaciones y no pocos acontecimientos.

El sentimiento gregario, el clasismo, la injusticia, la pesadumbre, el conformismo y su contrario, el desconcierto ante hechos sobrevenidos.

En su brevedad por la narración, sin gritos, va pasando casi todo lo que conforma la existencia.

Novela de enorme interés, con la que podrán empatizar muchos lectores, además de sentirse interesados e incluso emocionarse, gracias a la contención narrativa que ha logrado sostener la autora en todo el texto.

Prólogo

Lo mejor de la vida sucede cuando uno mismo la está viviendo. Se centra en un presente muy acentuado, en el que cada momento cobra su mayor intensidad, siendo la persona que lo vive plenamente feliz en todos los aspectos. En ese instante, en el que suceden las cosas, se para el tiempo lo suficiente para expresar el aprendizaje que nos tiene preparado, aceptar lo que nos toca y lo que está por llegar. Para ello, la conciencia es tan importante como el hecho de estar vivo. Y debemos estar muy atentos para que el camino nos guíe hacia donde nos gustaría llegar. El amor nos acompaña en ese camino, no puede faltar. La confianza no debe faltar tampoco. Hay algo intrínseco a esta aventura, que es la familia. Por eso, no solo dependen de uno las decisiones que debemos tomar, sino que están directamente relacionadas con la manera en que nuestros antepasados caminaron por el mundo y la forma en que influenciaron con su evolución en nuestro linaje.

Esta historia comprende los años que ocupa una vida, las vivencias de tres generaciones integradas en un mismo personaje. La forma en que se conectan los hilos familiares en la niña Marina y cómo se suceden las situaciones en un espacio de tiempo ambiguo en el que es difícil distinguir la época. Lo importante es el poso de cada vivencia, que no ocupa un lugar en el tiempo, sino en el alma. Cómo se hace el camino conforme se forjan los pasos y cómo se vuelven firmes ante la conciencia de saber por dónde vas caminando.

No sé poner las horas que he dedicado a escribir estas hojas. Sé que han sido muchas. Pero no he proyectado mi trabajo en el tiempo, sino en las palabras utilizadas. En el amor con que he creado y escrito cada frase. En las situaciones que he intentado transmitir con descripciones que reflejaran aquello que se ha vivido en las carnes. Es el primer libro que escribo y sé que, como primeriza, recogeré el aprendizaje con todo mi cariño.

Dedicatoria

Especialmente, quiero dedicar este cuento, novela, historia, a mi abuela paterna, que ha sido mi inspiración y de la cual recogí en su día muchas de las anécdotas aquí descritas. También a mi abuela materna y a todas las abuelas que vivieron su niñez, su adolescencia y su edad madura bajo la cultura patriarcal en la que nacieron. Luchadoras en la sombra por sacar a sus hijos a flote, siendo creadoras de vida, no sabían de su fuerza y sabiduría, pero conocían perfectamente el manual de supervivencia.

Deseo dedicárselo también a mis abuelos, los dos, y a todos los abuelos del mundo, que en la misma cultura en la que se encontraban no podían amar de otra forma que la que se les había enseñado. Yo vi llorar a mi abuelo muchas veces, cuando ya era muy viejito, en aquella silla de ruedas que nunca se planteó que iba a utilizar. En ella, donde pasó sus últimos meses, tuvo tiempo de contemplar su paso por la vida y ahí, en esa conciencia, despertó para llorar todas las lágrimas que dejó en el camino. Te queríamos todos, abuelo, a pesar de aquella coraza infranqueable.

Se lo dedico a mis padres, a los que quiero tanto. Gracias a ellos soy quien soy. Por recibir su apoyo, ayuda y generosidad incondicional, siempre.

A mi hermano, que siempre ha estado ahí para recordarme de qué pasta estoy hecha. Nunca te soltaría la mano.

A Iranzu, que irradia amor a raudales. Manantial de paz que impresiona.

A Jorge. Mi amor y desamor, mi piedra en el camino y la mano que me alza. Compañero de canciones y de eternos debates. No sé qué haría sin ti y tampoco contigo.

A mis hijos, que son las dos cosas más importantes que he hecho en la vida. Ese amor que no se siente hasta que no se tiene. Ellos son mis maestros. Os amo.

A toda mi familia de sangre y a mi familia política, tan peculiar y tan necesaria.

A mis amigas todas. Las que se me han acompañado por largos o cortos caminos. Las futbolistas y las de toda la vida.

A mí misma.

Capítulo 1

Quería abrir los ojos de Catalina desde el otro lado del río mientras observaba su piel dormida bajo la sombra del sauce. Me concentraba en sus párpados cerrados y, agazapada junto a Milena, sutil, como acostumbraba, proyectaba mi energía directamente de mi corazón al suyo para que por fin Catalina despertara. Pero Milena, mi gata, tan sutil como arrogante, se lanzó sobre mi pelo para capturar una de esas mariposas zalameras que en ese momento volaba sobre mi cabeza. Y por sacar las uñas sedientas de una presa fácil, se enzarzó aparatosamente en mi pelo, mi pelo rizado que no lavaba desde hacía una semana.

Catalina despertaba como yo no hubiera querido. De la quietud que reinaba en todo el manar del río y de la magia que iba viajando de mi mirada en trance hasta sus ojos dormidos solo quedó el estruendo de un chapuzón repentino cuando Milena, en su intento de zafarse de mi pelo encabritado, clavó con fuerza sus uñas por cada rincón de mi cabeza. Yo fui a parar al agua, con la gata a modo de sombrero. Catalina se levantó de un brinco, jadeando y asustada. Me miró. Se sacudió la siesta, se colocó la falda. Sonrió. Yo quieta, de pie, mojada. «¡Te ha venido bien esa ducha!», me dijo Catalina. Milena, la pobre, parecía una rata.

Me extendió su mano recién levantada de la siesta y la agarré con fuerza con la mía empapada. Nos mirábamos con ojos risueños conforme a trompicones conseguía sa-

carme del río que aún me mojaba. De un tirón a otro logró Catalina rescatarme de aquel entuerto y, en ese último empujón, me abalancé sobre ella sin poder evitar la caída, esta vez al suelo, con la suerte de ser Catalina quien amortiguaba el golpe. Yo sobre ella con los brazos a cada lado aguantando mi peso, sin dejar que cayera del todo sobre su inmaculada figura. Reíamos a la vez a carcajadas, viendo yo cómo las gotas que escurrían de mi pelo se deslizaban hasta sus hermosos ojos azules. Seguíamos riendo al mismo tiempo que sus manos retiraban el agua de su cara. Me miraba. Quieta en ese momento. Me puse totalmente seria y, junto al esbozo de una sonrisa, me sorprendí hipnotizada en sus ojos una vez más, como ya había pasado otras veces. Entonces, dejándome caer a un lado hasta quedar bocarriba junto a ella, por fin la dejaba libre. Como ya lo era.

Catalina era una niña hermosa de largos cabellos rubios lisos y textura de seda. Se aferraba a mi sonrisa como yo a su dulzura. Éramos inseparables y crecíamos juntas entre la distancia que existía entre su casa y la mía.

Nos buscábamos cada mañana, cada tarde y todas las noches y, aunque no hacíamos nada del otro mundo, se nos pasaban las horas entre risas y travesuras.

Aquel mediodía en el río, cuando se durmió al otro lado después de haber cruzado el viejo puente de piedra, yo me puse a perseguir lagartijas con la mala suerte de no atrapar a ninguna.

Mi gata. Mi gata Milena, que venía casi siempre a cualquier sitio, había cazado una lagartija y se la comió entera. No se trataba de eso. Había que cogerla y soltarla después para que siguiera su vida por el campo. Le reñía y ella me miraba torciendo la cabeza. Yo sabía que volvería a cazar lagartijas o lo que fuera. Después, ya aburrida de esperar a que Catalina despertara, la estuve acechando entre las matas hasta que caí al agua.

El río de mi pueblo era un río especial. De agua fresca y cristalina, con su musical recorrido escondido entre las sombras de los árboles. Su sonido era melodía para mis orejas y el agua de su cauce medicina para el alma. Así que estar allí era lo más parecido a estar en el paraíso. Dormitar sobre la hierba o jugar al chipi chapa con las piedras. Subir a los árboles o bañarnos durante horas. Catalina buceaba hasta debajo del puente. Allí salía de nuevo y gritaba: «Ven hasta aquí, Marina».

Volvíamos al cortijo por el camino del Junco. Bajaba ya el sol de la luna para ponerse en la línea que no albergaba montañas. Solo un horizonte sediento y un cielo rojo se acariciaban.

Calladas, sin decir nada, solo el crujir de mis chanclas. La luz de un sol que moría teñía de vida nuestros rostros sonrojados. De cuando en cuando se me escapaban los ojos y asomados por el rabillo espiaban a Catalina. Caminaba distraída con la falda hecha un nudo y agarrada a su cadera. En sus manos aquellas desgastadas bambas con algún que otro elegante agujero. Con tal delicadeza las agarraban sus manos que estas casi parecían nuevas. Sonreía y cerraba los ojos. Cogía aire y lo expulsaba. Sus pies descalzos desfilaban por el pedregoso camino, pasando por encima de las piedras como si de una reina sobre la alfombra roja se tratara. Estaba enamorada. Se le notaba. La siesta en el sauce, la mirada perdida, la sonrisa en el rostro, los ojos brillantes, el cabello al viento, las escapadas nocturnas, el día, la noche, el calor de sus ganas y el cortejo en su estado más puro. Se le notaba. No hablaba. Tan ausente que no me sentía, tan lejos que no podía jugar a hacer magia porque ya no estábamos conectadas. Le mandaba mensajes a través del pensamiento de camino al cortijo, pero parecía estar a otros menesteres.

Me llamaban la bruja del Tuerto. Porque mi padre era tuerto y porque siempre andaba buscando por los secretos del bosque verdades en la naturaleza que me llenaban

de poderes. Mi gata me acompañaba siempre. Lo que era extraño. No que me acompañara, sino tener una gata, porque por el pueblo los gatos eran de nadie y vivían en ninguna parte. Me gustaba salir en la noche y subir por los árboles. Conversar con las lechuzas, de una rama a otra, sin temer despertar a nadie ni a nada. Era oscura de piel, porque no me lavaba, pero transparente de alma, porque no me escondía. Me encantaba oler a fuego, a viento y agua. En el pueblo había quien me quería, pero quien no, sentía miedo de que me acercara. En la escuela solían excluirme porque era la hija del Tuerto. Así que buscaba mi escuela en otros lugares. Frecuentaba los ríos cercanos y los lejanos. A veces no volvía a casa en dos días. Me alimentaba de moras, higos, almendras o nueces, y mi sed la calmaba el río, al que siempre tuve cosas que contarle. Debía de ser muy bella, porque al reflejarme en él quedaba prendada de la imagen que el agua me regalaba. Nunca tuve un espejo. Catalina sí lo tenía. Pero yo nunca conseguí entrar en su cuarto. En realidad, pocas veces manché las escaleras de su casa. Aunque ella siempre me invitaba.

Mi padre trabajaba para la familia de Catalina. Era como uno más de la casa, pero no era acogido en la casa. Se encargaba de los cerdos, los olivos, los campos y no sé qué montón de cosas más. Vivíamos en el cortijo. El cortijo Colorao. Que era del padre de Catalina.

Cuando el Tuerto llegó al pueblo en busca de trabajo con mi madre embarazada y a punto de parir, Rogelio le abrió las puertas del cortijo y le recitó las funciones que iría a desempeñar.

El cortijo no estaba lejos de la casa de Rogelio. A dos kilómetros. Se distinguían en el horizonte desde el camino del Junco, el cortijo quieto en un llano y a la derecha la hacienda del señorito, que acariciaba con su cercado la ladera de la carreterucha de tierra que iba a morir al pueblo. También detrás, se divisaban las casas y cuevas que componían Chilluévar, y todas sus tierras rojizas que bañaban

los ríos Cañamares y de la Vega. A lo lejos el pueblo parecía querer saludarnos y creíamos sentir su abrazo que nos recibía.

Íbamos llegando Catalina y yo, y también Milena, al cortijo de mi padre. Iba comiendo terreno la noche poco a poco y ya lucían las primeras estrellas. La luna se hacía importante en tan inmenso escenario y a mí me daban ganas de pronto de subirme a lo alto del monte y contemplar el firmamento. Solíamos Catalina y yo perdernos entonces bajo el manto estelar impresionante que cobijaba nuestro pueblo. Nos dejábamos caer sobre la alfombra verde que ahora se teñía de oscuridad y luna, y allá nos inventábamos historias, nos reíamos, nos mirábamos y volvíamos a mirar al cielo cuando ya nos ocupaba el impresionante silencio de aquel hermoso lugar. Sin embargo, aquella noche Catalina, como otras últimamente, debía tener una cita con alguien que no pensaba decirme y en algún lugar que no se le ocurriría desvelarme. Me pidió, cuando ya pensaba que subiríamos al monte, que la acompañara al pueblo, asentí entre dientes con la cabeza y, como ya era tarde, cogí la mula Margarita y monté a Catalina para acercarla al pueblo. Después me monté yo. Golpeé con mis talones el costado de la mula y echó a andar. El camino se lo sabía de sobra. La mula marcaba un ritmo gitano en el golpear de sus cascos contra el suelo y Catalina al compás, buscando con su mirada más allá del horizonte, comenzaba a tararear una melodía inventada, que así cantada en la quietud de la noche sonaba mágica y misteriosa. Entonces cogía yo las palmas y con mi raíz flamenca desataba mi instinto más salvaje y acompañaba el cascoteo con un taca taca tic, tac taca taca tic taca taca que resonaba por las paredes del viento.

—Mira que es guapa, me diceeeen, cuando paso por el puebloooo... Si te lavaras la cara, morena de rizos rebeldes... —entonaba aquella canción inventada.

–¡Ole y ole! ¡Gitana...! –sonreía Catalina mientras por detrás agarraba mi cintura.

Los dos kilómetros se hacían un ameno paseo a ritmo de bulerías y fandangos.

A nuestra llegada al pueblo, Catalina se bajaba de la mula y se sacudía las faldas, recolocándose el pelo me sonreía y me decía adiós como si nada. Entonces incitaba a Margarita de nuevo y volviendo camino al cortijo, echaba la vista atrás viendo perderse su silueta entre las calles del pueblo. Con otro paso más desganado, y esta vez sin serenata, retornaba el camino de vuelta. El silencio era estremecedor. Solo la mula marcaba de nuevo su paso, ahora cansado y viejo.

Le di de beber agua a la pobre, que tanta labor hacía, y le acaricié la crin enredada en nudos imposibles por ser poco cepillada. Contemplé sus ojos grandes como ciruelas. Ciruelas maduras, que saben que pronto perderán el brillo y casi a la vez la vida.

Margarita fue comprada en una feria. Una feria que estuvo en el pueblo un par de días. Tenía ya unos cuantos años, así que salió barata la mula y nos salió también obediente. Además, le cogí mucho cariño, tanto, que la quería y nos hicimos muy buenas amigas.

Aquella noche decidí por fin que, aunque sola, marcharía con ella hacia algún lugar del bosque. Me eché una vieja guitarra a la espalda, con tan solo cinco cuerdas. La misma guitarra con la que mi padre a veces tocaba cosas sin mucho sentido. En esa guitarra aprendí yo a poner música a mis canciones.

En el mismo claro de otras noches pasaría la noche junto con Milena, que, aunque no hable mucho de ella, de mí no se separaba.

Las tres bajo aquel regalo, en que las estrellas, miles, dejaban absortos mis ojos que aquella noche no querían dormirse. Apoyada sobre mis sandalias recubiertas por un manto viejo que quité de los lomos de la mula, descansa-

ba mi cabeza. Y sobre mi pecho, la cabeza de Milena acariciando mi piel con su ronroneo. Margarita en pie, siempre alerta. Centinela de mis sueños, descansaba sobre su pata trasera, sin cerrar del todo los ojos, no sabía quién podría acechar en el bosque.

Acariciaba a Milena y me acordaba de la aparatosa caída al río que habíamos tenido aquella tarde. Venía a mi cabeza la imagen dormida de Catalina, pareciendo ser una princesa esperando el beso del príncipe que la libera del sueño eterno, causado por el hechizo de una bruja.

A veces jugábamos a adivinar pensamientos. La una con la otra. Concentrando toda nuestra energía, mirándonos fijamente, y consiguiendo a veces que la realidad formara parte de lo etéreo y se formara una especie de aura fascinante que duraba apenas unos segundos. Me encantaba aquella forma, aquel destello sublime que envolvía de paz mi instinto salvaje y me llevaba a desear permanecer perpetua en ese momento.

Seguía brillando la luna en ese trance que me transportó a recordar a Catalina. Después de hacer sonar las cinco cuerdas desafinadas que armaban aquella guitarra, Milena se quedó dormida, así que me dormí también, con el viento bailando sobre mi cara.

Soñé con un caballo blanco que galopaba en la sierra. Que no llevaba montura ni herraduras ni riendas. Soñé que yo era ese caballo y que era libre. Sentí su energía animal en lo más profundo de mis entrañas y me dejé llevar el instinto en el sueño por donde quiera que me llevara. Sentía mis crines al viento y el galope en cada parte de mi cuerpo. Atravesé el río, el mar, el cielo, y sentí ser plena, limpia, pura en ese ser, en esencia. De pronto ya no era un caballo, sino un halcón que volaba. Un halcón blanco de plumaje virgen por no haber sido tocado ni visto ni deseado. Volaba con la misma fuerza. Y sentí la corriente que me llevaba ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda, iba

tornándose más tranquilo mi viaje, encauzado por el viento, abandonándome a su antojo para que hiciera conmigo lo que quisiera... Sentí que aquello era magia. No podía ser otra cosa.

De pronto desperté bajo el desagradable impacto de un jarro de agua fría sobre mi cabeza. Sin compasión ni respeto. Hubiera bastado con agitar suavemente un brazo o acariciado lentamente mi cara. Pero no. Era Juana. Mi prima. Enfadada, como siempre. Rápida en sus movimientos. Con el ceño fruncido y mirada amenazante. Era una bella persona para todos los demás, pero conmigo se pegó parte de la infancia enfadada. Perdía los nervios. Me reñía. Sentía el inmenso deber de encauzarme. Y lo cierto es que sufría. Porque mi respuesta era justamente todo lo contrario. Y yo ahora, siendo sincera, la entendía. Siempre tuvo razones para enfadarse conmigo, porque yo era rebelde, desobediente. Mi carácter asilvestrado traía a toda la familia de cabeza. Por aquellos años, no tenía sentido común, solo el sentido por la vida. No me importaba desaparecer día sí y día también. Lejos. Sin dar explicaciones. Esto implicaba que, mientras mi tía Manuela y mis primas bajaban a lavar al río, y mi padre y mi tío Jesús trabajaban en el campo de sol a sol, yo desatendía mis tareas, como tender la ropa, preparar la lumbre, hacer gachas en el puchero y tener todo preparado para que, cuando la jornada matinal hubiera terminado, cada miembro de mi familia tuviera en su plato una buena ración de comida y un necesitado descanso.

Otras cosas hacía yo que no valoraba nadie. Pero eran las más importantes. Aquel día me arrastró Juana hasta el cortijo mientras ella montaba en la mula. No paró de reñirme todo el camino. No paró y no paró. Milena, la pobre, me miraba sabiendo que me caería una gorda al llegar al cortijo.

Mi prima Juana tenía más edad que yo. No era más alta que yo, pero sí con más carácter y autoridad. Como era la segunda mayor de sus hermanos, hacía tiempo que había asumido un rol parecido al de una madre. Demasiado estricta para ser tan niña, demasiada nostalgia en su mirada. Tenía una belleza escondida que ni ella sabía, y prefería hacerse mayor antes de tiempo para decirnos a todos lo que teníamos que hacer. Yo amaba a mi prima Juana porque habíamos compartido muchísimas cosas, y sabía que era muy buena, se desvivía por todos, como su madre.

Por fin llegamos al cortijo entre silencios y regañinas. Juana se bajó de la mula y me agarró de la mano arrastrándome en su caminar hasta el interior de la casa.

—Aquí está, la he encontrado. ¡Ahí dormida en el monte estaba! —dijo mi prima a voces conforme me sentaba a la fuerza en una vieja silla bajo la mirada de su madre y mi primo Manuel.

Manuel era su hermano. Era el mayor de los hijos de mi tía Manuela. Me miraba de reojo mientras arreglaba con un artilugio oxidado que parecía un cuchillo las patas de un taburete que utilizaba mi padre para sentarse junto a la lumbre. Parecían sonreírle los ojos cuando te miraba, y eso me tranquilizaba. Sabía por esa mirada que no debía preocuparme.

De esta manera, y sin mover un dedo, esperé la llegada de mi padre y mi tío Jesús.

La tía Manuela también me miraba, pero esta lo hacía con lástima a la vez que no paraba de hacer cosas. «Ya verás cuando llegue el Tuerto...», decía.

Entonces, como otras veces, mi padre hablaba conmigo. Se agachaba hasta alcanzar mis ojos con el suyo y pausadamente, a pesar de estar enfadado, me explicaba. Me contaba quiénes éramos. Y cuál era nuestra misión en aquel lugar destartalado. Trabajábamos para Rogelio. Que eran muchos los campos, los olivos y los animales. Que gracias a Rogelio comíamos cada día, teníamos un techo,